

# DE METRÓPOLIS A CÓDIGO 46: LA MANIPULACIÓN DE IDENTIDADES EN CLAVE DE CIENCIA-FICCIÓN

NOELIA GONZÁLEZ CÁMARA  
Instituto de Filosofía, CSIC (Madrid)

Que la ciencia ficción nunca habló del futuro sino del presente es tan cierto como que las historias que cuenta están cargadas de análisis y crítica social. Además, en los largometrajes de este género es frecuente encontrar reflexiones en torno a múltiples problemas filosóficos. En esta ocasión el objetivo será detenerse en la configuración de identidades<sup>1</sup>. A lo largo de la historia del cine se pueden rastrear películas que han contribuido a la construcción o el fortalecimiento de identidades nacionales, tal es el caso de películas americanas de los años cincuenta como *La invasión de los ladrones de cuerpos* de Don Siegel (1956) o *La guerra de los mundos* de H. G. Wells (1953), en las que los extraterrestres representaban a comunistas que terminaban siendo exterminados (Labrador Ben, 2006: 883-885). Otros films de ciencia ficción han intentado mostrar cómo se lleva a cabo el proceso de subjetivización y formación de la identidad individual (Falzon, 2005: 61 y ss.).

En este trabajo, manteniendo como hilo conductor las películas de ciencia ficción, se intentará llevar a cabo un estudio de los riesgos que el desarrollo científico y tecnológico puede acarrear en la construcción autónoma de identidades individuales. Así, se tendrá en cuenta que las consecuencias que implica el avance de la tecnología y la ciencia no sólo afectan a la clase obrera alienándola -aspecto que se muestra en *Tiempos Modernos* (1936) de Charles Chaplin- o a la jerarquización social -como retrata *Metrópolis* (1927) de Fritz Lang. En la ciencia ficción de las últimas décadas se puede rastrear la tesis de que la ciencia y la tecnología, además de producir la alienación del proletariado, afecta a todas las dimensiones de la vida y que la concentración de poder

---

<sup>1</sup> Dicho término se usa para hacer referencia a los sentimientos de pertenencia que un individuo genera con respecto a determinados grupos a partir del hecho de compartir unos intereses comunes con sus miembros. Así, la identidad puede estar fundada en la cultura, la religión, la lengua, afinidades ideológicas, etc. Es, en definitiva, una construcción política, puesto que, aunque conforme una identidad individual, surge de la participación en un grupo. Ahora bien, frente a las identidades colectivas, la identidad individual se configura de forma autónoma e independiente, lo que le confiere un valor mayor; aunque también es mucho más frágil.

en elites gobernantes o tecnócratas puede favorecer el establecimiento de diversos procedimientos de control y manipulación del individuo.

La primera parte de la comunicación se dedicará a ilustrar mediante algunos ejemplos de los muchos posibles los procesos de suplantación de identidades que relatan las películas de ciencia ficción. Éstos pueden ser a priori, a través de la ingeniería genética, o bien pueden intentar modificar al individuo a posteriori mediante el borrado de recuerdos, implantando una nueva identidad o manipulando la que ya se posee. A continuación se hará una reflexión en torno a cuáles son las causas de que la ciencia y la tecnología se conciban de forma tan amenazante para la individualidad y a la autonomía del hombre. Asimismo, se presentarán cuáles son las alternativas que impedirían que este proceso tenga lugar. Se apuntará a la idea de que los desarrollos científicos, sobre todo aquellos que afectan a esferas íntimas del individuo, no son aceptados de forma acrítica sino que provocan reacciones por parte de la sociedad que se resiste a dejar todo el control en manos de instituciones externas. En definitiva, a la vez que el individuo es capaz de construir de forma autónoma su identidad, es crítico y opone resistencia a los mecanismos que intentan manipularlo desde fuera.

Antes de comenzar hay que señalar que las referencias que se hacen a las diferentes películas intentan evitar su sobreinterpretación o, como dice Eco, que “Si hay algo que interpretar, la interpretación tiene que hablar de algo que debe encontrarse en algún sitio y que de algún modo debe respetarse” (Eco, 1995: 47). En este sentido, la labor que se propone desarrollar será ardua ya que, por un lado, el experto en cinematografía puede considerar que con la interpretación ofrecida se desvirtúa el sentido original del film y, por otro lado, los filósofos pueden plantear que se trivializan las ideas filosóficas que se intentan ver reflejadas en la película (cfr. Ferrer y otros, 2006: 19).

Intentando salvar estos escollos, a continuación se mostrarán algunos de los procesos de control externo de la identidad que las películas de ciencia ficción sospechan que podrían llevarse a cabo mediante los avances científicos y tecnológicos. El primer caso que se tomará en consideración es el de la manipulación mediante la ingeniería genética y *Gattaca* (1997) de Andrew Niccol es un buen ejemplo.

Este film relata la historia de Vincent (Ethan Hawke), un hombre que fue concebido de forma natural cuando la ciencia ya ofrecía la posibilidad de que se diseñasen personas a la carta. Aquí se indican los riesgos de que aquéllos que no hayan sido concebidos mediante manipulación genética y que no tengan unas cualidades

físicas y psíquicas excelentes queden excluidos del acceso a determinados puestos de trabajo y a la misma esfera social que disfrutaban los “válidos”. En definitiva, la estructura social queda marcada por la existencia de dos castas: los “válidos” y los “no válidos”. Así, se pone sobre la mesa que la ciencia pueden acarrear una nueva jerarquización social que establezca distintos estratos sociales en función de la calidad de la información genética que se posee; es decir, que se produzca una fractura social entre aquellos que gozan de un código genético que ha sido sometido a control médico y meticulosamente seleccionado y los que no. El riesgo es, por tanto, que se acceda a estos estamentos por razón de nacimiento y que se imposibilite la movilidad social. La casta a la que se pertenece estaría determinada por la información genética que uno porta y de si ésta ha sido convenientemente seleccionada.

Pero además, la manipulación de la información genética ofrece la posibilidad de que el Estado, las instituciones médicas o los progenitores puedan decidir acerca de cuáles sean las características físicas o psicológicas del futuro ser humano. En el caso de *Gattaca* son los padres junto con los médicos quienes deciden, mientras que *Código 46* (2003) de Michael Winterbottom narra un futuro distópico en el que el Estado tiene la capacidad de establecer cuántas personas han de ser concebidas con el mismo código genético. Como consecuencia de la proliferación de personas que comparten buena parte de su información genética, se crean una serie de normas que regulan con quién se puede tener descendencia y con quién no. En este sentido, buena parte de los films de ciencia ficción previenen del riesgo de que el desarrollo científico ofrezca la posibilidad de volver a un estadio premoderno en la configuración de las identidades, donde éstas sean fijadas de antemano y se prime la pertenencia a un colectivo como elemento defensorio de la identidad personal<sup>2</sup>.

Desde esta concepción, la ciencia y la tecnología supondrían una barrera que impediría una verdadera emancipación del hombre e implicarían que éste se defina en función de identidades colectivas que son determinadas desde fuera. Como consecuencia, el individuo dejaría de ser la fuente primaria de su identidad y sus decisiones no formarían parte de un proyecto vital individual y autónomo. La identidad ya no consistiría, entonces, en una tarea individual de autoadscripción a determinados

---

<sup>2</sup> La idea de que la degradación de los sistemas propios de la era tecnológica promueven la “medievalización” de las sociedades contemporáneas en aspectos como: la conformación del territorio, la disgregación de los centros de poder, la alineación de la vida urbana, etc. ha sido ya objeto de un debate que se inició con un ensayo de Vacca y que continuó con *La nueva Edad Media* (1974) de mano de U. Eco, F. Colombo, F. Alberoni y G. Sacco.

grupos en función de los intereses propios, sino que viene impuesta. Su configuración estaría condicionada por agentes externos que, ayudados por la ciencia y los avances en ingeniería genética pueden controlar y manipular el código genético de cada individuo, fijando así sus características.

Otro de los riesgos que implicaría el desarrollo de la ingeniería genética y que afecta a la identidad personal consiste en la facilidad con la que esta técnica puede violar la intimidad y contribuir a la destrucción de la esfera individual. Este proceso se narra en *Gattaca* cuando Irene (Uma Thurman) utiliza un cabello de Vincent para conocer cuál es su información genética, las enfermedades que es propenso a padecer, así como las capacidades físicas e intelectuales para las que está predispuesto, etc.

Como ya se ha dicho al inicio, existen otro conjunto de prácticas que no están relacionados con la ingeniería genética y que permiten intervenir en la conformación autónoma de la identidad, esta vez a posteriori. Estos procedimientos tienen como finalidad controlar los aspectos que a lo largo de la vida determinan que uno sea de una forma u otra: las experiencias vividas, la educación y la cultura, la mayor o menor influencia de la sociedad sobre los intereses individuales, etc. Estas facetas que afectan a la conformación de la identidad también son tenidas en cuenta en los films sci-fi, lo que se refleja en la presencia de prácticas que permiten controlarlas a través del borrado de recuerdos, la modificación de la identidad, la posibilidad de vivir en mundos virtuales o la generalización del uso de psicofármacos patrocinados por el Estado, entre otros ejemplos. En definitiva, la idea del Estado super-protector y quasi-totalitario se hace presente en estas películas no a través del uso de la violencia y la coacción, sino mediante el control de una sociedad masa, que está formada por individuos incapaces de construirse a sí mismos y de elaborar su propia identidad.

Dentro de los procesos de control de la identidad del individuo uno de los más recurrentes en las películas de ciencia ficción es eliminar los recuerdos sin el consentimiento de la persona afectada. La mayor parte de las veces se utiliza esta técnica porque los individuos suponen un riesgo para el resto de la sociedad. Este es el caso que en clave de humor, presenta *El Dormilón* (1973) de Woody Allen, que describe un futuro en el que esté al alcance de la mano de la clase política determinar qué individuos deben ser reprogramados por ser disidentes o por haber estado en contacto con personas que puedan suponer un peligro para la sociedad. La reprogramación consiste, por supuesto, en el borrado de la memoria de quienes se consideran sospechosos. Otro film en la que se tiene en cuenta esta técnica es *Código 46*

(2003) de Michael Winterbottom. De nuevo se encuentra retratado un Estado que se reserva el derecho de borrar parte de la memoria o recuerdos de sus ciudadanos sin su consentimiento, violando por tanto su intimidad y su autonomía. El objetivo de esta práctica es evitar las relaciones entre personas que compartan buena parte de sus genes. En la película se habla concretamente del caso del agente especial Williams (Tim Robbins) que se enamora de María (Samantha Morton), dándose la circunstancia de que ella comparte el 100% de la información genética de la madre de Williams. María se queda embarazada, violando así el código 46 y la sanción que este comportamiento conlleva incluye el aborto y el borrado de todos los recuerdos relacionados con la persona con la que se han mantenido relaciones.

En cuanto a la eliminación de la memoria, el último ejemplo al que se hará referencia es *Olvidate de mí* (2004) de Michael Gondry. Aunque la finalidad de este film no sea la crítica de los efectos de la tecnología en la conformación de las identidades, también sirve para observar el peligro que constituiría que los recuerdos de las personas pudiesen estar al alcance de empresas, ya no del Estado, y que sus empleados pudiesen utilizarlos para su propio beneficio. Este film narra cómo los trabajadores de Laguna Inc., que se encarga de borrar aquellos recuerdos solicitados por sus clientes, pueden acceder a información confidencial y manipular y utilizar a los clientes tras su tratamiento.

La segunda forma de control de la identidad de los ciudadanos que refleja el género de la ciencia ficción a través de avances científicos consiste en insertar nuevas identidades. Es frecuente encontrar al hilo de estos planteamientos argumentos que se preguntan sobre qué nos hace humanos: los recuerdos, los sentimientos y afectos, el hecho de poseer una identidad única, etc. En cualquier caso aquí se mantendrá como eje el tema de la manipulación de la identidad gracias a la tecnología. En *Desafío Total* (1990) de Paul Verhoeven se mantiene el criterio de que la memoria es lo que nos permite mantener una identidad personal y que la intervención en este nivel mediante cualquier tipo de técnica supondría una manipulación de la misma. Pero aún así, el mayor peligro no lo entraña la empresa Recall, que ofrece la posibilidad de comprar una serie de recuerdos virtuales sobre una experiencia perfecta que se insertarán en la memoria o incluso la posibilidad de disfrutar de una identidad distinta. El riesgo más grave consiste en insertar una nueva personalidad en un cuerpo, en este caso en el cuerpo de Hauser (Arnold Schwarzenegger), agente del dictador Coohagen (Roony Cox). La identidad que adopta como Doug Quaid le permitirá infiltrarse entre los

disidentes de Marte e intentar arruinar sus propósitos, si bien la nueva identidad implantada se resiste a desaparecer y a que los planes iniciales de Hauser lleguen a buen puerto.

En el caso de *Dark city* (1998) de Alex Proyas se presenta un argumento en el que la individualidad humana, no los recuerdos, es lo que nos caracteriza. Los Ocultos, una raza de extrarrestres tecnológicamente muy avanzada que comparte la misma identidad y unos mismos recuerdos colectivos, llega a la Tierra para intentar salvarse de la decadencia que acecha a su civilización. Para lograrlo llevan a cabo un experimento con la raza humana que consiste en detener la vida de la ciudad a medianoche e intercambiar las identidades de los ciudadanos con el fin de averiguar qué es lo que nos otorga nuestra individualidad. En la figura de los “ocultos” se podría interpretar, entonces, que si bien los desarrollos tecnológicos podrían dar lugar a una sociedad muy avanzada también existe el riesgo de convertir a sus miembros en parte de una sociedad masa.

En tercer lugar, hay que señalar entonces que la búsqueda del apaciguamiento del carácter de los ciudadanos tiene que ver en estos films en muchas ocasiones con la generalización de medicamentos antidepresivos y de suicidios patrocinados por el Estado. Ejemplos los podemos encontrar en *Alphaville* (1965) de Jean-Luc Godard, en *Cuando el destino nos alcance* (1973) de Richard Fleischer, o en *Hijos de los hombres* (2006) de Alfonso Cuarón.

Pero quizás el caso más inquietante de manipulación de la identidad y de establecer barreras que impidan el cultivo de una identidad propia lo ofrezca *Fahrenheit 451* (1966) de François Truffaut. En esta película no son grandes desarrollos científicos y tecnológicos los que convierten en personajes alienados a los miembros de la sociedad. Tampoco es necesario intervenir sobre sus recuerdos ni implantarles nuevas identidades para que sean hombres-masa. Es más bien la televisión y la comodidad de la tecnología doméstica que está al alcance de la mano la que crea: “una sociedad que, privada del placer de la lectura, se ha convertido en una masa fantasmal de individuos sin pasión, sin capacidad de reflexión, enganchados a vacíos y sibilinos espacios audiovisuales en sus respectivas y enormes televisiones. Una sociedad de individuos incomunicados, solitarios y silenciosos, aletargados y pálidos, sin capacidad de amar, de pensar, de proyectarse más allá del ciclo establecido por el consumo de ciertas píldoras lenitivas. Convertidos en espectros de absurdas vidas meramente biológicas por el simple hecho de no leer” (González Martel, 1996: 50-51). La prohibición de la lectura

en esta sociedad, con una ciencia y tecnología que en nada le diferencia de la actual, pone de manifiesto los riesgos que acarrearía separar el mundo de las ciencias del mundo de las letras. Se muestra así como el espíritu crítico que se alcanza mediante la cultura es imprescindible para que desarrollen todas las facultades humanas y para que sea posible construir la identidad propia, huyendo así de la manipulación que caracterizaría al mundo tecnificado.

Lo que se ha intentado demostrar a través de estas páginas es que el cine de ciencia ficción mantiene una visión de la ciencia y la tecnología que no tiene por qué servir necesariamente al progreso y a la emancipación del hombre, sino que en muchos casos puede servir instaurar nuevas formas de control social y que en determinados casos éstas tienen que ver con la manipulación de su identidad. En este sentido, una de las primeras críticas que se elaboró desde la filosofía para poner de manifiesto que los efectos del desarrollo tecnológico van mucho más allá de la alienación del trabajador en el proceso productivo fue planteada por Marcuse.

En *El hombre unidimensional* sostiene que tecnología no se puede seguir definiendo como neutral y que, de hecho, la dominación que ejerce la sociedad sobre el hombre es mayor que nunca gracias a la tecnología, no a la coacción que pueda ejercer aquélla sobre sus miembros. La causa de este proceso la sitúa Marcuse en que la razón tecnológica, caracterizada por la experimentación y la organización de la naturaleza como objeto de dominación, se expande y se convierte en la razón política (Marcuse, 1987: 185 y ss.). Por otro lado, este proceso da lugar a una sociedad totalitaria, ya que una sociedad libre “no se puede ya definir adecuadamente en los términos tradicionales de libertades económicas, políticas e intelectuales, no porque estas libertades se hayan vuelto insignificantes, sino porque son demasiado significativas para ser confinadas dentro de las formas tradicionales. Se necesitan nuevos modos de realización que correspondan a las nuevas capacidades de la sociedad” (Marcuse, 1987: 34). La creación de falsas necesidades que son impuestas al individuo por poderes externos - sobre los que además no tiene ninguna capacidad de influencia- son la consecuencia. O dicho de otra forma, se hacen más frecuentes los individuos heterónomos, determinados desde fuera.

La salida que propone Marcuse para poner fin a este fenómeno es que la transformación tecnológica no determine la transformación política, como ha venido sucediendo hasta ahora, sino que se sea ésta la que desarrolle una nueva tecnología

(Marcuse, 1987: 255-256). La nueva tecnología pasaría a tener como fin la pacificación de la lucha por la existencia, o como lo explica Habermas, que la ciencia no disponga de la naturaleza como un instrumento ni ejerza sobre ella un dominio represivo sino liberador y, por tanto, sería objeto de un “cariñoso cuidado que liberaría y desataría los potenciales de la naturaleza” (Habermas, 1994: 61).

Ahora bien, aunque en los largometrajes de ciencia ficción es frecuente encontrar la idea de que el desarrollo científico y técnico tiende a expandir su dominación a toda la vida social, las soluciones que se proponen para evitar la manipulación y el control de la sociedad son bien diversas a las apuntadas por Marcuse. Así, *Fahrenheit 451* y *Alphaville*, apuntan a la unión del mundo de las humanidades y el mundo de las ciencias, de manera que el cultivo de las letras impedirá que los hombres se vean privados de la independencia de pensamiento. Otra salida a las tormentosas relaciones entre la ciencia y el hombre se ofrece en *2001: una odisea en el espacio* (1968) de Stanley Kubrick, en la que se apunta a una superación de la tecnología “que raya en lo místico” (Falzon, 2005: 177). La propuesta de Kubrick consiste en imaginar que los hombres en su evolución alcancen una era post-tecnológica y que abandonen los instrumentos de los que les ha provisto la ciencia. Hay que señalar que también son frecuentes los finales que presentan un desenlace absolutamente pesimista en los que no hay reconciliación posible, como en el caso de *El planeta de los simios* (1968) de Franklin Schaffner o en *Código 46*, de la que ya se ha hablado previamente.

Frente a la solución radical que propone Marcuse y a las propuestas más o menos optimistas de los films que se han citado, otra forma de evitar el totalitarismo tecnocrático que invade ámbitos que están relacionados con la identidad personal y con la vida privada consiste en permitir la participación del ciudadano en la elaboración de las políticas científicas.

En este sentido, hay que destacar la línea iniciada a finales de los años sesenta en EE.UU. y Reino Unido por movimientos organizados por científicos de izquierdas que hicieron frente a la ideología científicista. Entre los grupos de “ciencia radical”, como se les conoce, surgieron *Science for the People* y *British Society for the Social Responsibility in Science*, sus principales representantes. La finalidad de estos grupos era terminar con aquellas discriminaciones que se intentaban establecer a partir de supuestos hechos científicos, así como cuestionar las tecnologías de control social que aquéllas intentaban imponer.



Otro colectivo significativo es el movimiento contracultural que defendía una tecnología alternativa. Éste tomó una postura más cercana a la de Marcuse y apostó por introducir tecnologías no agresivas con el medio ambiente ni con las estructuras sociales básicas. Asume que “es necesario redirigir todo el sistema científico-tecnológico-industrial. En resumen, la solución no consiste en ‘más ciencia y tecnología’, sino en un tipo diferente de ciencia y tecnología” (González García y otros, 1996: 56). Y para lograrlo apuesta por controles locales para las tecnologías alternativas, así como la participación de los futuros usuarios en los procesos de desarrollo.

En estos años también se llevó a cabo una reacción social contra los desarrollos tecnológicos detrás de los cuales no había un verdadero control. Así, catástrofes como la del reactor nuclear de Windscale, los problemas derivados de la talidomida o el accidente del petrolero Torrey Canyon, entre otros ejemplos, provocaron las protestas de activistas, ecologistas y grupos feministas, que tomaron como referencia la obra *Silent Spring* de Rachel Carson.

Como respuesta, se crearon desde las administraciones diversas agencias que permitieron abrir el proceso de toma de decisiones tecnológica a la sociedad. Se percibió que aquellos avances y aplicaciones de la ciencia y la tecnología que afectan al ciudadano no son aceptados acríticamente, sino que despiertan múltiples reacciones por parte de la sociedad que se resiste a dejar todo el control en manos de instituciones externas.

Todas las propuestas que se llevaron a cabo desde estos grupos académicos, sociales e institucionales cristalizaron posteriormente en la promoción de mecanismos democráticos que facilitan la apertura de los procesos de toma de decisiones en temas relacionados con las políticas científico-tecnológicas (López Cerezo, 2003: 129). Así, la crítica política de la tecnología y la evaluación y control social de la misma han sido algunas de las tareas que se han impuesto como más urgentes. Ahora bien, hay que ser consciente de que la democratización de estas prácticas no pasa únicamente por la participación ciudadana. El proceso ha de ser mucho más complejo, pues para que se pueda dar un control público real es necesario que la toma de decisiones sea independiente de intereses partidistas que puedan estar encubiertos, así como de presiones que pueda tener el sector privado. Por otro lado, si se opta por el establecimiento de oficinas de evaluación de tecnologías, para que éstas tengan un poder real, deben poseer al menos capacidad de recomendación, y preferiblemente de control (González García y otros, 1996: 156). En definitiva, la introducción del

ciudadano en el proceso de toma de decisiones sobre políticas científicas, aunque se considera una medida necesaria, tampoco garantiza la reconciliación de la sociedad con la ciencia y la tecnología.

## BIBLIOGRAFÍA

ECO, U., COLOMBO, F., ALBERONI, F. Y SACCO, G. (1974): *La nueva Edad Media*, Alianza, Madrid

ECO, U. (1995): *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge University Press, Cambridge

FALZON, C. (2005): “Tiempos modernos. Sociedad, Ciencia y tecnología” en *La filosofía va al cine*, Tecnos, Madrid, pp. 157-187

FERRER, A., GARCÍA-RAFFI, X., HERNÁNDEZ, F.J., LERMA, B. (2006): *Primum videre, deinde philosophari. Una historia de la filosofía a través del cine*, Institució Alfons el Magnànim- Diputació de València, Valencia

FEYERABEND, P. (1979): “Hagamos más cine” en AAVV: *La lechuza de minerva*, Cátedra, Madrid

GONZÁLEZ GARCÍA, M.I., LÓPEZ CEREZO, J.A., LUJÁN LÓPEZ, J.L. (1996): *Ciencia, tecnología y sociedad. Una introducción al estudio social de la ciencia y la tecnología*, Tecnos, Madrid

GONZÁLEZ MARTEL, J. (1996): *El cine en el universo de la ética. El cinefórum*, Anaya, Madrid

HABERMAS, J. (1994): *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid

LABRADOR BEN, J. (2006): “Cine e identidades virtuales” en *Arbor*, nº 722, vol. CLXXXII, pp. 883-892

LÓPEZ CEREZO, J.A. (2003): “Ciencia, técnica y sociedad” en Ibarra, A. y Olivé, L. (eds.) *Cuestiones éticas de la ciencia y la tecnología en el siglo XXI*, Biblioteca Nueva, Madrid

MARCUSE, H. (1987): *El hombre unidimensional*, Ariel, Barcelona

RIVERA, J.A. (2003): *Lo que Sócrates diría a Woody Allen. Cine y filosofía*, Espasa, Madrid